

matutina que nos recrea en la hora de la muerte; su corazón está siempre abierto para acogernos, cobijarnos y estrecharnos con todo afecto. Ella no nos pierde de vista, vigila continuamente para nuestro bien, y en su maternal bondad nos dice: Venid á mí, vosotros, que sufrís los asaltos de la concupiscencia, las tentaciones del Infierno y las asechanzas con las cuales el mundo os tiende funestos lazos, y las muchas miserias de la vida; venid á mí, que soy el consuelo de los afligidos y la bienhechora de los que lloran, y os ofrezco un asilo, donde el atribulado puede poner en seguro sus esperanzas, su inocencia el justo, y su arrepentimiento el pecador.

Así, pues, confiemos en María, amados hermanos; confiemos en la generosidad de esta Madre piadosísima, deponed todas vuestras inquietudes en sus entrañas, y abandonémonos tranquilos entre sus brazos. Confiad en María los indigentes, que gemís en la privación de todas las cosas necesarias á la vida; estad seguros de que Ella enternecerá á los ricos en vuestro favor, haciendo que sean vuestra providencia. Confiad en María los enfermos, que molestados por larga enfermedad pasais las horas en las angustias del sufrimiento; estad seguros de que obtendreis, ó el término de vuestros males, ó la santa unción que hace amar lo que crucifica los sentidos y la naturaleza. Confiad en María vosotros, que luchais incesantemente contra las pérfidas sugerencias del adversario infernal, no dudando jamás, que con solo la invocación de su nombre infundireis espanto á Satanás y alcanzareis la palma de la victoria. Confiemos todos en María y hallaremos en su generosidad todo consuelo, todo auxilio, toda protección y toda gracia.

---

## DISCURSO XVI.

---

### VIRGINIDAD.

*Missus est angelus Gabriel ad virginem.*

El ángel Gabriel fué enviado á la Virgen. (Luc. I, 26).

Acostumbran todos los predicadores cuando se los llama para hacer el panegírico de algun varon eminente en santidad, escoger, de entre las muchas virtudes que le adornaron en vida, aquella que aparece la más luminosa, y tratar exclusivamente de esta, dejando aparte las demás, ó de ménos importancia, ó ménos á propósito para el argumento que se proponen. Y así como es justo, que una virtud practicada de un modo singular y tenida en mucha estima, se recomienda con mayores elogios, no es ménos lógico, que debiéndose decir mucho en breve tiempo, se refieran aquellos hechos que sobresalen y resplandecen más en la vida del héroe cuya fiesta se celebra. Tal ha sido siempre la norma adoptada por aquellos que veneramos como maestros en el arte del bien decir, empezando por los Padres de la Iglesia, y descendiendo hasta los célebres oradores de nuestros dias; y no cabe duda que merecería ser reprendido el que por espíritu de novedad dejase de seguir las mismas huellas.

No obstante; lo que practicamos para celebrar el mérito de los Santos, no puede servirnos de norma al tratar de la que es su Reina, porque si todos los Santos se han distinguido en alguna determinada virtud, María sobresalió en todas ellas, y, por consiguiente, merece ser citada como modelo de las que cada Santo practicó de un modo especial. Por este motivo San Bernardo la compara á un astro maravilloso, que ilumina, vivifica é infunde aliento á los moradores de la tierra; y San Juan Crisóstomo asegura, que es la más perfecta imagen de las divinas perfecciones. Siendo, pues, eminentes todas

las virtudes de María, el que tiene obligacion de celebrarla, no puede hablar de una virtud sin tratar de las demás; ó debe, si quiere salir airoso, reunir las todas bajo un solo aspecto, y proclamarla virtuosísima.

Con todo; si segun nuestro modo de entender, formamos un parangon entre las varias virtudes de María, hallaremos, que la virtud que tuvo en más estima fué la de la Virginidad, á la cual se consagró desde la más tierna infancia; esta es la virtud que arrobó el corazon de Dios; y Ella la tuvo en tan alto concepto, que, despues de oidas las palabras del Arcángel, mensajero de la Encarnacion del Verbo, puso por condicion al grande ministerio, para el cual Dios la llamaba, que solo condescendería en ser madre si no dejase de ser vírgen. Hoy trataremos brevemente de esta sublime virtud de María, elevándonos hasta donde sea posible á las bellas consideraciones á que nos invita. Imploremos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

La pureza brilla entre las virtudes, como brilla el diamante entre las perlas, y en la pureza consiste precisamente la virtud de la Virginidad. Segun San Francisco de Sales, esta virtud hace á los hombres iguales á los ángeles; y San Cipriano no teme asegurar, que cuantos se adornan con ella, son fragantes flores de la Iglesia, la más bella obra de la gracia, y la imágen en la cual con más esplendor se refleja la santidad de Dios. La Virginidad es una virtud, que nos hace una imágen perfecta de Jesucristo, quien no sintió, ni pudo sentir movimiento alguno de concupiscencia, ni mancha alguna de sensualidad, por lo mismo que el pecado no pudo ofuscar la carne sacratisima del Hombre-Dios. La Virginidad es una virtud, que nos une á los celestiales espíritus; de suerte, que con ella marchamos por encima del lodo del mundo, sin que éste nos ensucie; vivimos corporalmente en la tierra, al paso que reposamos con el corazon en el Cielo; y somos unas criaturas mucho más dignas del Paraiso que de este valle de lágrimas. La Virginidad es una virtud, que haciendo de nuestras almas verdaderas esposas del Cordero Inmaculado, nos adorna como con una guirnalda que ciñe nuestras sienas, como con un collar de oro que nos cuelga del cuello, como con un rosario de perlas que brilla en nuestro pecho, como con un vestido más blanco que la nieve y más reluciente que el sol. La Virginidad es una virtud, que desata los lazos de nuestra carne, nos alimenta de castas delicias, nos colma de abrazos espirituales, nos aproxima á Dios, que, siendo inmutable é

indivisible, vive solo de sí mismo. Esta virtud fué singular en María.

La Virginidad, considerada en un sentido general, es la inmunidad de toda mancha, que se contrae por la violacion grave ó leve de la ley de Dios. Esta Virginidad fué propia de María. Todos sabemos que, desde el primer instante de su sér, María fué prevenida por la gracia santificante; de suerte, que, si bien estaba sujeta por ley comun á recibir en el alma la consecuencia del pecado original, quedó divinamente preservada de ella por especial favor. A este privilegio uniéronse otros, que le sirvieron como título de nobleza. Libre de aquella concupiscencia ó estímulo á la culpa, que es tan poderoso en nosotros, y extinguido enteramente en Ella, por más que tuviese un cuerpo, no sintió nunca la rebelion de las pasiones en el apetito, ni el ofuscamiento de razon en la inteligencia, ni en la voluntad afectos contrarios á la virtud. Por consiguiente, María jamás estuvo infecta de la venenosa baba de la serpiente; creció como una vid siempre lozana en el jardin inmaculado de la vida; vivió como nube libre de tinieblas y radiante de luz; apareció como vara sin nudo de la culpa original, y sin la corteza de la venial; tuvo constantemente puro el corazon; pasó la vida sin incurrir en el más leve pecado; conservó siempre inmaculados los afectos; é inmune de todo pecado original, mortal y venial, mereció que el divino Esposo la llamase bella y sin mancha de ninguna clase (1).

Y era conveniente que aquella á la cual eligió Dios por Madre, y en cuyas entrañas quería encarnarse, quedase inmune de toda mancha en el instante mismo en que los demás hijos de un padre culpable son concebidos en pecado; era conveniente, que, llena de gracia y de santidad, tuviese una carne libre de toda debilidad, un cuerpo sin enfermedades, sentidos sumisos, y vida exenta aún de la más mínima fealdad. Por lo tanto, aquel Dios, que en su próbida ternura preparó para el hombre, aún ántes de sacarle de la nada, una morada magnífica, adornada con todo lo que podía hacer agradable su estancia, debía ostentar mayores preparativos para la venida del segundo Adán, del Verbo encarnado, de Aquel en quien contempla su viviente imágen. Debía criar una nueva tierra y un cielo nuevo; debía disponer un nuevo jardin, fragante de flores, que no adornaron el antiguo Edén; debía agotar en esta nueva creacion, sinó en el órden de la naturaleza, á lo ménos en el órden de la gracia,

(1) CANT. IV, 7.  
TOMO V.

todas las maravillas de su omnipotencia. Esta nueva tierra, este nuevo cielo, esta nueva creacion es María; y María, destinada para compartir con el Padre eterno el honor de la paternidad, y ser la Madre de su Unigénito, la Esposa predilecta del Espíritu Santo, salió del ardentísimo soplo del amor divino la más santa y la más pura de todas las criaturas.

María fué la única que poseyó esta Virginidad, la cual consiste en la inmunidad de todo pecado. Nosotros tenemos motivos para admirar la fé de Abrahán, el extraordinario nacimiento de Isaac, la clemencia de Moisés, la caridad de José, la mansedumbre de David y el celo de Elías. Nosotros admiramos la salvacion de Noé de las bramadoras aguas del diluvio universal; la de Sara, de las injurias de Abimelec; la de Judith, de las obscenidades de las tiendas del ejército Asirio; y la de los tres Niños de las llamas del horno ardiente. Nosotros tenemos noticia de grandes y singulares milagros, obrados fuera de las ordinarias leyes de la naturaleza, para librar á los hombres de graves desgracias y de peligros inminentes. Pero ¿quién se vió jamás libre de la culpa original? Nadie. Tan solo María fué engendrada santa; únicamente María estuvo en el principio de su sér vestida de purísima inocencia. María, pues, es la verdadera azucena entre las espinas; la verdadera paloma, cuyas cándidas alas no han tocado la tierra; el verdadero huerto cerrado, en cuyo interior no penetró jamás hombre alguno; la verdadera fuente sellada, cuyas aguas jamás se vieron túrbias; la privilegiada, en cuyo corazón más rico que el corazón de un serafín, no cayó el hálito de la más lijera imperfeccion; es la simbolizada en la reina Esther que no iba comprendida en la ley general; es la única en gozar de la Virginidad, que tiene por dote propia la exencion de toda culpa.

En sentido particular, la Virginidad es una virtud especial, que induce á abrazar una vida santamente casta, inmune de toda mancha corporal, amante á un mismo tiempo de la inmaculada pureza del entendimiento y de la carne. Esta fué la virtud que María amó, desde la cuna al sepulcro, con todos los impulsos del corazón. ¿Y quién es el que en el transcurso de los siglos, al pronunciar el nombre de María, no añade luego el título de Virgen, y Virgen por excelencia, Virgen inmaculada? Contemplemos esta figura, que más que rarísima, podemos llamar singular.

María fué la primera virgen. Los descendientes de Adán, abrazados por las llamas de la concupiscencia, ántes de ser iluminados por la luz de Dios en Jesucristo, no alcanzaban á comprender la be-

lleza de esta excelsa virtud. A excepcion de los romanos, á quienes pareció conveniente ofrecer á Vesta la Virginidad, por más ó ménos tiempo, de algunas doncellas, no se halla vestigio de esta virtud en ningun otro pueblo. Los mismos Hebreos, que eran los herederos de las tradiciones divinas, la creían despreciable; y la esterilidad la tenían por oprobiosa. María brilla la primera en la esfera de las vírgenes, y se sienta la primera donde los hombres y los Angeles son una misma cosa. ¡Oh Virgen prudente! ¿quién te enseñó que la Virginidad es del agrado de Dios? ¿En qué ley, en qué preceptos, en qué página del Antiguo Testamento hallaste palabra alguna, que mandase, aconsejase ó exhortase á llevar en la tierra la vida del Cielo?

No ignoro, hermanos míos, que en siglos anteriores á María algunos amaron la Virginidad. La amaron Josué, Elías, Jeremías, Daniel y los tres Niños arrojados en el horno de Babilonia; pero esto no quita á María la gloria del primado, puesto que si hubo otros que amaron la Virginidad ántes que Ella, nadie como Ella hizo voto de castidad. Ofrecerse á Dios con cierta reserva de poder disponer de sí mismo, de poder continuar ó interrumpir lo que se usa para agradecerle, de poder añadir ó quitar algo, hé ahí lo que acostumbra hacer los hombres; hé ahí lo que hicieron los poco há citados; y esto no es ciertamente un sacrificio, ni una oblacion perfecta; despojarse despues de este poder, deshacerse en este particular de una libertad, de la cual todo el mundo está tan celoso, pertenecer de tal suerte á Dios, que no se pueda dejar de pertenecerle; hé aquí lo que no hicieron los demás; hé aquí lo que hizo María; este es sin duda alguna el acto más heróico y el ofrecimiento más precioso.

La Virginidad de las vírgenes de los siglos que precedieron á María, no puede compararse con la suya, como tampoco puede con ella parangonarse la de las vírgenes que la siguieron. Luego que Ella hubo alzado el estandarte de esta virtud, bajo la sombra de sus alas se acogieron muchísimos, deseosos de imitarla. Entónces pareció verificarse el prodigio vaticinado por Isaias, esto es, que en un solo día nacería un pueblo y una muchedumbre de hijos de un solo parto (1); porque, verdaderamente, despues del ejemplo de María, fueron innumerables los admiradores y los seguidores de su amor á la Virginidad. Desde los primeros albores del Cristianismo, desde los primeros días del Evangelio, desde los primeros años de la Iglesia, se contaban á millares los hombres y las mujeres, que, renunciando

(1) ISAÍAS, LXVI, 8.

á las delicias de los sentidos, llevaron una vida pura. Unos se retiraron á los desiertos, otros en las cuevas; y las Inés, las Ágatas, las Lucías y las Cecilias, tuvieron que sufrir los más bárbaros suplicios para no perdér nada de su candor.

En este orden descuella eminentemente María. Todos los demás, que amaron la Virginitad, sufrieron por lo ménos el estímulo de la concupiscencia, corrieron el peligro de perder el tesoro que los hacía aceptos á Dios, tuvieron necesidad de mortificarse para poner á raya las pasiones carnales. La vida fué para ellos una continua milicia (1), y se vieron obligados á combatir contra los enemigos que se atrincheraban en sus miembros (2), y á obrar la propia santificación con temor y espanto (3); pero María ignoró en que consistiese el estímulo de la carne, jamás corrió peligro de perder su gracia, ni conoció la necesidad de reprimir en sus sentidos grandes ni pequeñas rebeliones. Era el tabernáculo santificado por Dios mismo (4), que tenía por fundamento la fé, por pedestal la esperanza, y por cúpula la caridad; y en el interior de este tabernáculo no podía penetrar el soplo de ningun viento contrario. Era el Arca cubierta de oro acrisolado, adornada con las piedras preciosas de las virtudes, formada de maderas incorruptibles, que contenía en sí las tablas del Testamento; era la vara floreciente, el regalado Maná; y en esta Arca no podía encontrarse ninguna gota de agua que no fuese purísima. Era un nuevo Edén, más santo que el antiguo, donde se erguía el árbol de la Vida, donde moraba la paz y sonreía la inocencia; y en este Edén no podía penetrar ni el más débil silbido infernal. Por consiguiente, la Virginitad de María fué tal, que jamás tuvo que luchar contra los estímulos de la culpa, ni contra la inclinacion al placer, ni contra los desórdenes ni las vacilaciones de una voluntad propensa al mal; fué una Virginitad ante la cual desaparecen todas las demás virginitades, del mismo modo que la luz de una lámpara desaparece ante los rayos del sol.

Si la Virginitad se ha considerado en todo tiempo muy digna de alabanza; ¿cuánta alabanza no merecerá la Virginitad de María? Los Santos Padres, celebrando á las vírgenes, dicen: que son la flor escogida del místico campo, el jardín donde el Cielo derrama purísimo rocío, las castas abejas que fabrican la miel de las celestiales

(1) JOB. VII, 1.

(2) JAC. IV, 1.

(3) PHILIP. II, 12.

(4) PSALM. XLV, 5.

delicias. Los Doctores del Cristianismo no han vacilado en asegurar, que son la imágen más semejante al Cordero inmaculado, la porcion más escogida del rebaño del divino Pastor, el adorno y el decoro de la Iglesia de Jesucristo. Escritores ilustres en doctrina y santidad, tienen por insignificantes las comparaciones más hiperbólicas, y no hallando nada en las grandezas humanas con que compararla, suben al empíreo arrobados con el pensamiento, y nos dicen, que aquel Dios, á quien sirven los ángeles, quiso tener en las vírgenes otros ángeles, que le sirvieran en la tierra. Estos elogios son debidos á las vírgenes por haber oído y guardado la palabra de vida, que, segun el divino Maestro, hace bienaventurados á cuantos la escuchan y guardan, ó sea, la palabra de la Virginitad (1). Ahora bien; ¿qué elogios no se deben á María, que escuchó y guardó esta palabra más que todos? Aquí los Santos Padres enmudecen; á los Doctores del Cristianismo les cae de la mano la pluma; y los escritores ilustres en doctrina y en santidad carecen de frases; y á nosotros no nos queda otro recurso que llamar á María bendita entre las mujeres.

Bendita entre las mujeres, considerada la Virginitad en la inmundicia de todo pecado; y si nosotros, descendencia corrompida de un linaje prevaricador, llevamos juntamente con la naturaleza la culpa, no pudiendo ser hombres sin dejar de ser pecadores, solamente en Ella la naturaleza no osó preceder á la gracia; de suerte, que, libre de aquel fuego abrasador, que consume toda flor de inocencia en su primitivo gérmen, fué inmaculada y la sola inmaculada en su concepcion. Bendita entre las mujeres, considerada la Virginitad por aquella virtud especial, que induce á abrazar una vida libre de toda inmundicia corporal; y Ella dió el ejemplo, formó el modelo, desplegó la enseña, y tremoló el estandarte de la virginal pureza; de manera, que siguen sus huellas cuantos son llamados á esta candidísima continencia. Bendita entre las mujeres, considerada la Virginitad en la exencion del estímulo que impele al mal; Ella superó en pureza á los Querubines, de modo, que si todas las estrellas que han brillado con deslumbrante luz en el firmamento de la Iglesia, si todos los personajes que en el orden de la gracia fueron destinados á elevadísimas dignidades, si las almas ilustres que por razon de su estado ó por excelencia de privilegios estuvieron próximos al Redentor, tuvieron que sufrir los estímulos de la concupiscencia, solamente Ella no los sintió. Por eso todo nos induce á venerarla.

No todos son llamados á aquella virginitad, que excluye el matrimonio, la cual se aconseja, pero no se impone como precepto. Tam-

bien el matrimonio fué instituido por Dios; tambien en el estado conyugal puede conseguirse la santidad, como la consiguieron las Elisabeth, las Franciscas de Chantal, las Brígidas, las Perpétuas, los Luíses de Francia; y si en nuestros días las más de las veces no produce estos frutos es, porque se ha paganizado de nuevo, mediante la corrosiva accion de la incredulidad moderna. Convertido el matrimonio en negocio de interés, ó de sensualidad, no es de maravillar que, pasadas pocas semanas, se convierta en una imágen de aquella region, de donde están alejados para siempre el órden, la paz y el gozo.

Pero si el matrimonio no es vedado, lo es toda impureza. Nuestro cuerpo es como un templo vivo de la divinidad; y el que le profana con obscenidades, pierde la amistad de Dios. Tertuliano decia, que los cristianos son como santuarios ungidos y consagrados por el Espíritu Santo, de cuyos santuarios es custodio la pureza; y que todos debemos impedir, con las más diligentes industrias y con los cuidados más atentos, que entre en ellos nada inmundo, para que aquel Dios, que los habita, no abandone, indignado, la profanada morada (1). Hé ahí lo que debemos procurar, hermanos míos; hé ahí lo que nos es necesario para imitar en toda condicion la Virginidad de María.

Y ahora perdonad, amados hermanos, si me atrevo á haceros una súplica. Llevad la mano al pecho para aseguraros de que los lábios no desmienten al corazon, y respondedme: ¿Sois de tal condicion, que Jesús y María puedan consideraros como un objeto de complacencia? ¿Acaso, sin revolcaros por el lodo del vicio, evitais todo cuanto ofende sus candorosisimas miradas? ¿Evitais ciertas imprudentes miradas, y á veces peligrosas, ciertos pensamientos impropios de la santa sencillez de una casta delicadeza, ciertos deseos que no tienen por emblema la blancura del lirio, ciertas amistades contraídas más bien por la carne que por el espíritu, y ciertos efectos de los cuales Dios no es su principio ni fin? ¡Ea! arrojemos valerosamente de nuestro corazon, no solo lo que puede ofender á Jesús y á María, sinó que tambien todo cuanto pueda desagradarles. Recordemos que no hemos nacido para servir á la carne; y que si queremos aspirar á la felicidad, no debemos vivir en medio de las delicias terrenas. Recordemos que, siendo nuestros cuerpos miembros de Jesucristo, conviene que hagamos de ellos un santo uso; que donde no alcanza la mirada del hombre, alcanza la de Dios; y evitando todo cuanto sea reprobable, roguemos á María, para tener con su proteccion la dicha de seguir sus ejemplos, y de merecer siempre las miradas de su divino Hijo.

(1) Tertul. lib. 2, de cul. faem.

## DISCURSO XVII.

### VIRGINIDAD Y FECUNDIDAD.

*Ecce virgo concipiet, et pariet filium.*  
Sabed que la Virgen concebirá y parirá un hijo. (Isa. VII, 14).

Nada hay más suave ni más árduo que hablar dignamente de la virginal gloria de María. Esta sentencia, que parece reunir ideas contrarias, es, sin embargo, verdadera. Nada hay más suave, pues, al tratar de la virginal belleza, que regocija al Cielo y convierte la tierra en Paraíso, los ojos derraman tiernas lágrimas, el corazon se ensancha, y mil lisonjeras imágenes nos conmueven en lo más íntimo. Nada hay más árduo; pues, al recordar aquella perfecta virtud, que, libre de los lazos de la carne, vivió acá abajo como si anticipase la vida de los bienaventurados, se siente, que, sobrepujando á las mismas inteligencias angélicas, no puede medirla ninguna humana inteligencia. Por esto, algunos oradores famosísimos, convencidos de que por más estudio, por más voluntad, por más afecto y por más celo que empleasen en esta materia, de que se sentían deliciosamente embriagados, no sabían tratarla como deseaban, prefirieron contenerse en un devoto silencio. Los mismos Padres de la Iglesia afirmaron, que no se podía alabar debidamente á Aquella, que por mucho que se la alabe es superior á toda alabanza.

Esto que me ha sucedido á mí, que soy el último de todos, cuantas veces he tenido que hablar de María y de su virginidad, sin duda me sucederá tambien hoy, llenándome no sé si de mayor dileccion ó de mayor confusion. En efecto; mi discurso debe versar, amados hermanos, sobre una virginidad verdaderamente prodigiosa, acompañada de una aún más admirable divina fecundidad. Creo que esto os será sumamente grato; bien que tema, que cuanto voy á exponer, os parezca poco proporcionado, como efectivamente lo será, al mé-